

Engrenages, ficción policial

Julien Coupat



Ficción de la razón

Este ensayo se publica por primera vez en castellano en Ficción de la razón con autorización de la editorial francesa *La Fabrique*. Originalmente fue publicado en el volumen *Police* (La Fabrique éditions, 2020), 53-61. Traducción por Miguel Carmona y Gerardo Muñoz.

Los días 28 y 29 de marzo de 2013 tuvo lugar, por iniciativa del CNRS, en un auditorio del arrondissement XIV de París, uno de esos coloquios sin objeto, a través de los cuales el aburrimiento académico intenta distraerse entre dos bostezos. Su título, en una resolución salvaje –“La policía entre ficción y no-ficción”- sonaba como una garantía de que se haría lo posible por no formular la más mínima idea, y que se mantendría educadamente en ese intervalo del discurso donde la neutralidad disputa con la nada. Para darle un poco más de picante al largo túnel de banalidades que se anunciaba, los organizadores habían sazonado el programa con una tarde de proyección-debate “entorno al caso de Tarnac”, que en la época daba de qué hablar en las crónicas, y cuya instrucción aún estaba lejos de cerrarse. Debían intervenir allí David Dufresne, Éric de Barahir, comisario de policía y co-guionista de la serie Engrenages y el juez antiterrorista Gilbert Thiel, que se volvió en esos momentos actor y consultante para la misma serie. Avisados de que tendría lugar este evento bailable, nos procuramos con un amigo, gracias a un error humano de los organizadores, de las direcciones electrónicas de todos los participantes -ya sea policía, magistrado, investigador, o periodista. Dos días antes del coloquio, estos últi-

mos recibieron como un comunicado que parecía ser de los organizadores, formateado de acuerdo con la carta gráfica fuera de tiempo de los otros documentos ligados al congreso y ornado con la rimbombancia de los logos oficiales, el texto que se leerá a continuación. Se presentaba como “materiales preliminares para preparar el coloquio y compartir algunas pistas de indagación o de discusión”.

Engrenajes, la “mejor de las series francesas”, al menos la que mejor se exporta, desde entonces ha seguido arrasando, propagando bajo la apariencia de realismo su complacencia con las fuerzas de la policía, cada vez más desquiciadas, pretendiendo siempre inspirarse de la actualidad más reciente y sometándose así a una caducidad acelerada. En este sentido, uno podría dudar del interés de releer hoy en día un texto que trata acerca de la cuarta temporada de una serie que está en su octava temporada, o acerca de la actualidad de 2012. Se verá más bien que las constataciones de entonces encontraron en el curso del tiempo una confirmación continua, hasta el punto álgido de la primavera de 2020 donde un espacio público idealmente vaciado por el confinamiento fue ofrecido a una soberanía policial pura. La disposición hacia la policía que se expresa en este texto, entonces marginal, no dejó de ganar terreno con los progresos de su descrédito. Además, no es mala idea intentar darse cuenta, por una lectura retrospectiva, hasta qué punto la cuestión policial se plantea en términos constantes, bajo el flujo cambiante de las noticias del día.

Pero lo que motiva en primer lugar esta publicación es la obstinación con la cual los servicios de inteligencia, respaldados en ello por el aparato mediático, persisten en querer volver a escenificar la “amenaza de la ultra-izquierda”, sus “asociaciones de malhechores” y su fatal deriva hacia el “terrorismo”. Nin-

guna bancarrota judicial de esta construcción, ninguna movida insurreccional como la de los Gilets jaunes en noviembre y diciembre de 2018 parece haber colmado la falta de imaginación que aflige al cuerpo policial. Hay que creer que, a falta de otra más convincente, esta locura debe ocupar alguna función estratégica. Cada información que sale del presidente de la República suena como un llamado a darle a conocer la suerte de la princesa de Lamballe. Las fuerzas del orden ponen todo su esfuerzo, en su práctica cotidiana, en expandir continuamente la esfera de su detestación. La ofensiva tecnológica desatada que se disfraza de ayuda generosa para vencer al Covid-19 invita al sabotaje de cualquier espíritu sensato. La necesidad categórica de detener la máquina económica hace nacer ideas, y no solo ideas, de acción directa en los espíritus más inocentes. He ahí un contexto que vuelve probable el retorno del retorno del cascabel policial de “ultra-izquierda”. La descomposición continua, en los últimos años, de los sectores militantes que servían de soporte a esta proyección no cambia en nada el problema. La resistencia a lo real de las ficciones policiales jamás las ha disuadido de persistir en el forzamiento. El fracaso, incluso repetido, no parece ser un argumento en contra de seguir con estos intentos, en la medida en que el olvido organizado de los desengaños pasados se encarga de disponer la posibilidad de los sucesos futuros. “Hasta que funcione” parece ser el lema de esta banda de sordos. Contrariado por tanto escalofrío de parte del ministerio público antiterrorista, un funcionario de la dirección de inteligencia de la prefectura de policía de París echaba pestes aún en este mes de mayo de 2020: “Desde Tarnac, todo el mundo tiene miedo”. Quejarse públicamente es decir cuán poco pretende uno relajar la presión. A esto se debe esta republicación, de la cual no se ha cambiado nada sino algunas referencias a personajes felizmente

arrastrados a los basureros de la historia, y que no conviene sacar de ahí.

Una vez consumado el fiasco del llamado caso “de Tarnac”, la ficción del “retorno de la ultra-izquierda armada” no ha vuelto a tener asidero. Una vez desvanecida de la realidad, es en su ámbito original donde cobra venganza: en la televisión. Apostamos por que, si la cuarta temporada de la serie *Engrenages* hubiera sido difundida antes de tal caso, y le hubiera preparado suficientemente el terreno, la maniobra quizá no habría conocido aquella deriva. Por lo demás, no está dicho aún que no se vaya a lograr, algún otro día, resucitar el peligro rojo y negro. La amnesia le queda bien al espectáculo inmundo.

El género al que pertenece *Engrenages* se llama en Alemania “Krimi”, en los Estados Unidos *crime-drama* o, como en Inglaterra, detective series. En Francia, *Engrenages* es una serie policial, así como el comisario Maigret dominó durante mucho tiempo, aquí, la novela policial. Esta clasificación está totalmente merecida en cuanto, en uno u otro caso, la toma de posición es de la policía, que concentra sobre sí toda la empatía posible. El capitán es entonces lógicamente una capitana, con todos los emotivos problemas del corazón que aquello compromete; de hecho, en el trabajo, se trata más bien de un *Loft*. Cada agente tiene su pequeña falla, que estamos intimados a comprender. Cuando uno de ellos le da una paliza a un joven esposado, es porque está en estado de sufrimiento psíquico, y el joven no debe caer en un coma, sino el pobre oficial podría quedar sujeto a sanciones disciplinarias. De hecho, si a la justicia le sucede el ser injusta, es primero con la capitana misma: un pequeño juez la persigue por haber ejecutado a un violador fuera de todo contexto de legítima defensa. Sin duda es en eso que

piensa la guionista de *Engrenages* cuando declara que los policías que tiene por personajes hacen “malas cosas por buenas razones”. A menos que haya padecido la influencia de su co-guionista que es derechamente un comisario.

Engrenages, distribuida en 70 países, es regularmente alabada por su “realismo”. Se omite ahí en ese caso que se trata de un realismo de comisario de policía, de un punto de vista bien particular acerca del mundo. Uno lo podría haber adivinado viendo la serie, pero podemos también citar directamente al co-guionista: “[Los grupúsculos terroristas estudiantes de extrema izquierda] son cosas que están volviendo. Esta nueva forma de radicalidad viene del extranjero (de Alemania, de Bélgica, de Italia, esencialmente) pero está cada vez más presente en Francia. Los *black bloc* en Estrasburgo, algunos colectivos en Toulouse, el Tarnac. Partimos de una tendencia y luego, naturalmente, nos adentramos en la ficción. Pero créame, con estos movimientos ultra-violentos, estamos de hecho en el dominio de lo posible”. Se reconoce aquí no solamente la futurología demente de los servicios de inteligencia, sino también la lógica del “descubrimiento precoz” importada en Francia por Alain Bauer y Xavier Raufer – partir de una “tendencia”, prolongarla en la imaginación en el tiempo y concluir a partir de ello la urgencia de aplastar aquí y ahora tal o cual “semilla” supuesta – es decir todo el coctel ideológico que presidió, luego de otras redadas menos mediatizadas, el montaje de Tarnac. Toda la trama de esta serie tan “realista” lleva la marca de esta ideología tan reconocible que estipula que, en el presente “caos mundial”, asistiríamos a la fusión de “guerrillas degeneradas” con “mafias transnacionales” y “grupos terroristas” que se respaldarían mutuamente en “zonas grises” que se van ex-

tendiendo, carcomiendo día tras día toda autoridad soberana¹. La temporada 4 de *Engrenages* no hace más que escenificar, bajo la cubierta de la ficción televisada de moda, una pesadilla ideológica del aparato de seguridad francés: la unión entre los dealers de barrios pobres, activistas de “ultra-izquierda” dirigidos secretamente por un diablo cojo de origen griego y los militantes del PKK, que cae en el tráfico de armas. Uno casi se sorprende de que el juez de instrucción a cargo del llamado caso “de Tarnac” no haya colaborado en el guión, quien de hecho se volvió famoso por su encarnizamiento casi sacrificial contra los kurdos. Ser consultante de la temporada 6 de *Engrenages*, podría ser la ocasión para una reconversión honesta de este señor, cuando la magistratura se canse de cubrir las meteduras de pata de un tarado tal. Además, ¿qué diferencia hay, en realidad, entre la confección de un dossier de instrucción antiterrorista y un guión de serie policial? ¿No se trata siempre de contar una historia eficaz?

Hace ya un siglo, la ideología privilegiaba el vector del discurso. Pero el valor de las palabras ha caído a lo más bajo; ya nadie les da mucho crédito. Se les ha hecho mentir demasiado. La publicidad, los gobiernos y los periódicos hicieron de ellas una neblina detrás de la cual se escamotean las evidencias, más

¹ “¿Cuántos golpes severos podrían darse a todas estas entidades, terroristas, mafiosas, e híbridas, en todos sus campos de acción, considerando de aquí en adelante como estratégicos el marco y las armonías – el terreno criminal en el cual operan, y luego emprendiendo su limpieza? Este acercamiento es infinitamente más eficaz que el procedimiento consistente en ‘rebanar’ el conjunto en mil procedimientos quisquillosos, patéticamente lentos y finalmente inútiles, según códigos superados – y tan fútiles frente a tales conjuntos de bandidos y de fanáticos como el uso de un mosquete contra un “Rafale”. Ver, Alain Bauer, Xavier Raufer, *La Face noire de la mondialisation*.

que aquello por medio de lo cual se manifiestan comúnmente. La usura de las palabras obligó al uso de otros medios. Se ha compensado por medio de la potencia de las imágenes, notablemente. Y no han defraudado. Las fabulaciones gubernamentales solo se volvieron más sobrecogedoras. La CIA fue invitada a releer los guiones de Hollywood en “tiempos de paz”, es decir, de “guerra contra el terrorismo”, cuando no los escribía simplemente. En estas condiciones no se ve qué escrúpulo podría haber tenido Canal+ al pedirle un guión de ficción a un comisario activo, a ofrecerle a la policía trabajar directamente sobre el imaginario de un millón de espectadores: el estado hipnótico producido por el flujo de 24 imágenes por segundo es lo más propicio que hay para la edificación de masas vueltas incrédulas. No nos sorprenderemos mucho entonces, a la vuelta de una conversación casual, escuchar a una trabajadora en sus cincuenta exclamar acerca de Engrenages: “De todas maneras, esta gente de ultra-izquierda, ¡no me imaginaba que fueran tan peligrosos!”. Ni que la misma trabajadora, algunos años antes, no haya creído una sola palabra de aquellas que el presentador del noticiario de las 20 horas ocupaba para robustecer los arrestos de Tarnac. Parece curiosamente más simple defenderse de la mentira cuando se da como discurso de verdad que cuando se presenta desde un principio como ficción. Como si pudiéramos finalmente creer en la verdad de las fábulas, nosotros que estamos desengañados de las verdades oficiales.

Basta hacer el esfuerzo de poner en palabras las tesis expresadas sin ambigüedad en la temporada 4 de Engrenages para hacer estallar todo su contenido ideológico. Aquí podemos presentar algunas:

* “Los autónomos o son unos cretinos, o son unos desgraciados, o son ambos. Su pensamiento no se eleva más allá del

eslogan. Todo en ellos es solo una postura grotesca. Trabajan contra las causas que pretenden defender que no son para ellos más que un pretexto para la expresión de su instinto demoníaco de destrucción universal. Su falta de corazón no tiene igual excepto por su cínico desprecio de los verdaderos pobres”. Nada aquí más que la buena vieja retórica contrarrevolucionaria que inspiró *Los Demonios*, por ejemplo, de Dostoievski. Seguramente se encontraba aquello bastante “realista” en la época, con su epígrafe sacado del evangelio.

* “El derecho y el respeto del código de procedimiento penal no es más que una obstrucción a la eficacia de la acción policial. A veces hay que tener el coraje de falsificar expedientes para deshacerse de la sociedad de los malos. Los abogados no son más que un obstáculo para la justa sanción que debe caer sobre los bandidos, de los cuales son cómplices interesados. De hecho, si hacen que los liberen, es solo levantando contra la verdad policial puros artificios procedimentales. Las motivaciones de los abogados son entonces venales, o al menos falaciosas. La reforma de la prisión preventiva que los introduce junto a su cliente desde el primer interrogatorio es una catástrofe”.

* “La jerarquía policial y judicial está globalmente podrida. Ahí no hay más que vicios políticos, conflictos de ambiciones, rivalidades personales, redes de influencia, manipulaciones ministeriales. Solo intentan hacer triunfar la ley y la verdad algunos justos perdidos, llenos de idealismo, que la institución intenta obstruir, y obstruiría si no fuera por la acción secreta y benéfica de los masones”.

* “Los policías rasos son criaturas falibles, hombres, pecadores como el resto. Tienen sus debilidades, sus crisis de fe, sus momentos de duda. A veces se tropiezan. Pero su intención es

siempre buena. No hacen más que ejercer un oficio, el de policía, son policías. El desastre de su vida privada devorada por sus misiones, corroída por su sacerdocio, lo prueba suficientemente. Para colmo de la iniquidad, tienen ‘el IGS en el culo H-24’. Felizmente hay algunos justos arrinconados en la institución judicial para reconocer su naturaleza angélica, a pesar de que sean, en comparación, ángeles un poco deteriorados. Hay que meter las manos en la mierda si se quiere extraer los parásitos”.

* “Los barrios pobres son ‘zonas sin ley’ pobladas por bestias feroces, donde cada metro cuadrado es controlado por una pandilla”.

* “Los sin papeles son víctimas de patrones canallas que los explotan. Son trabajadores honestos que son tratados de la mejor manera posible en los centros de detención”.

* “La DCRI es una infame policía política, con métodos dignos de la STASI, desposeída de todo escrúpulo. Su acción es perfectamente contra-productiva. No sirve más que para sabotear el trabajo de la policía judicial, que podría perfectamente encargarse de aquello de lo que se preocupa la DCRI, si solamente esta consintiera en compartir un poco las informaciones de las que dispone”.

* “;Abajo la política de la cifra!”

La temporada 4 de *Engrenages* no hace más que poner en imágenes la ideología de un tipo social determinado: la del comisario de policía de izquierda, sindicado en Unité-SGP-Police-FO, mayoritaria en la profesión, él mismo probablemente masón. Si es fácil refutar tales enunciados una vez formulados, ¿cómo se refuta una imagen? ¿Cómo se refuta un *relato*?

Hace ya un buen siglo que las ficciones policiales son por excelencia ficciones populares, es decir, que ellas buscan “entretener” a los mismos que la policía tiene para reprimir. Ahí

hay una paradoja trágica, la marca de un desencanto histórico, de una resignación a que el orden de cosas permanezca siendo lo que es, con el correctivo policial que implica. Cada asalto revolucionario repelido parece de hecho producir su generación de novelistas policiales. La de los años 1850 sigue a la derrota de 1848. La de los años 1930 sucede al aborto de la revolución mundial de los años 1920, y la de los años 1970-80 está directamente ligada a la inversión de la onda subversiva que corre desde 1967 a 1977. Podría explicarse el éxito de este tipo de mercancía cultural por el hecho de que al menos ellas hablan de la vida del pueblo, aunque sea desde el punto de vista del enemigo. Podría decirse que ahí se prolonga el trabajo infinito, asumido por la burguesía como por el movimiento obrero oficial, de separar en el pueblo el grano bueno de la cizaña, de separar la clase laboriosa de la clase peligrosa, de formar la imagen del trabajador honesto contra la del canalla y mostrar al primero contra el segundo. Uno podría darse tranquilidad diciendo que, habiendo pasado la infancia jugando al policía y al ladrón, uno podría bien, sin mayor perjuicio, pasar el resto de sus días viéndolos jugar en la tele. Preferimos tomar la prevalencia de la figura del policía en el imaginario popular y la centralidad de la policía en esta época como un síntoma, un síntoma de lo que hay que sanar. Tratemos entonces a *Engrenages* a su vez como un síntoma, y veamos qué queda luego de que se haya purgado su ideología. Esto queda.

* Los que deben hacer respetar la ley ya no están dotados, como el Maigret de antaño, de una moral personal ronroneante de pequeñoburgués hogareño. Ya no creen en nada. Viven ellos mismos en el más grande desamparo ético, en la misma confusión de los sentimientos que el resto de los *ciudadanos*. ¿Por qué no mentir a sus colegas? ¿A un juez? ¿Hay que estar con un

hombre, dos o tres a la vez? La policía no viene a reprimir el crimen en la medida en que atacaría un orden positivo, un sistema de valores establecido, sino simplemente gestionar amenazas. La infracción de una ley, de aquí en adelante sin valor, con reglas privadas de contenido, no hace más que servir de pretexto a la neutralización de tal o tal. Lo que se condena como criminal, como malo, no se relaciona con ninguna idea de lo que sería el bien, de lo que sería una buena existencia. Solo los “criminales” – autónomos, kurdos, o jóvenes de los barrios pobres – tienen alguna certeza en cuanto a su forma de vivir. Y quizá ahí mismo está su crimen. Quizá la policía no está para nada más que defender el *nihilismo social*, el hecho de que se pueda *vivir sin creer en nada*. Ayer protegía una moral social dudosa, hoy protege la obligación social de dudar. Ya que cualquiera que asuma, aunque solo sea para sí mismo, su idea de lo que es una buena vida debe inmediatamente reconocer que ella difiere de la de tantos otros, que incluso es contradictoria con algunas otras. Toda salida del nihilismo es entonces amenaza de guerra civil. Ahí es donde la policía ataca.

* El criminal ya no es alguien que, como en la ficción clásica, “caiga en el crimen”, individualmente, debido a motivaciones que el inspector o el detective puede racionalmente elucidar. A través de su accionar, no se pone al margen de la comunidad, al contrario, se incorpora a ella. No es un “individuo”, como se escribe en todo expediente de vigilancia, sino en un elemento de un pequeño mundo – el squat, un barrio, la empresa – que vive del crimen, que vive en el crimen. En *Engrenages* no se ve algo así como una “sociedad”; solo hay mundos, todos igualmente, aunque diversamente, criminales. No hay nada más que *medios*, más o menos herméticos entre sí, con sus jerarquías feroces, sus propios códigos, sus territorios ate-

rrorizados. Y por sobre estos medios, como levitando, está el Estado, o lo que queda de él, que gestiona como puede ese caos latente por medio de una policía que no parece tener nada que pueda contrariar la marcha hacia la soberanía. La policía está a manos del poder como el rayo en las manos de los dioses: *él cae sobre lo que supera.*

* Los policías son ilegalistas como los otros. Viven en bandas, son brutales, sin fe ni ley. Se vengán sin comisión rogatoria de los autónomos que los “desmiembran” en sus sitios de internet. La única cosa que los distingue de las otras bandas es que están organizados en un aparato de complicidad más vasto, y que de esta manera se arrogaron la impunidad. Dicho de otra manera: no hay más que fuerzas en este mundo, que se consideran criminales de manera proporcional a su desorganización. Decretar una moral, es aún una manifestación de fuerza.

(Por continuar...)

